

AC 12 85

Escuchan las emisiones educativas de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Da comienzo el programa del curso de acceso directo a la universidad para mayores de 25 años. En la emisión del curso de acceso le corresponde el turno a la asignatura de introducción a las humanidades.

Hoy vamos a tratar un tema de filosofía profunda, se trata de los valores del hombre. Este programa lo ha escrito la profesora de humanidades Gloria Toranzo. Por un afán de originalidad puede creer el hombre moderno que él está por encima de la historia.

Esta postura no es correcta y si se parte de ella puede ocurrir que nuestro hombre actual crea que ha descubierto lo que ya existía desde hace siglos, todo por puro desconocimiento. Para que el hombre moderno sea original no le queda más remedio que digerir la herencia del pasado. Siempre con un punto de vista filológico pretendemos presentar a nuestros alumnos una panorámica de los valores más o menos permanentes que el hombre ha considerado tales a lo largo del tiempo.

Unos valores que van a explicarnos la presencia de un determinado tema literario en una época concreta y en una geografía también limitada. Y serán también estos valores los eternos presentes en todo tipo de creación humana, desde las producciones artísticas hasta los tratamientos filmicos o cuando los ha habido, los tratamientos de los medios de comunicación de masas. Para el llegar a conocer la vigencia de unos determinados valores en el hombre y cómo se recogen en la expresión lingüística vamos a diferenciar dos conceptos que con cierta facilidad se confunden y que tienen un interés bastante serio.

Se trata de los conceptos cultura y civilización. Sea un grupo histórico concreto. Este se sentirá diferente de los demás grupos históricos que ya han pasado y si reflexiona un poco más también sabrá que va a ser distinto de los grupos que le subseguirán.

Esta conciencia procede de la existencia de recuerdos comunes, experiencias más o menos semejantes, idénticas perspectivas de futuro, etc. Así se unifican generaciones y épocas. Es decir, existe una solidaridad en el tiempo, como afirma Eugenio Dors.

Pero además hay otra conciencia de unidad. Ya no es la del tiempo, sino la del espacio. La solidaridad en el espacio.

Siguiendo de nuevo a Eugenio Dors, afirmamos que a esto se llama humanidad, a la doble conciencia de solidaridad en el tiempo y en el espacio. Pues bien, llamamos civilización a la solidaridad en el tiempo. Es la solidaridad de la tradición que une a generaciones, a siglos y también los separa, los hace distintos.

Cuando además de esta conciencia de solidaridad en el tiempo, un grupo humano es consciente de un elemento superior que une o que separa y que relaciona unas civilizaciones

de un punto geográfico determinado con otras, cuyos límites no son comunes. Entonces, tras esa conciencia de solidaridad en el espacio, existe una cultura. Para aclarar algo más estos conceptos, veamos lo que ocurre en la civilización cretense del III milenio a. C. Allí se da una cultura, un refinamiento del arte, unas creencias religiosas, un comercio marítimo.

Pero se desconoce y se orilla qué puede ocurrir en el continente asiático o europeo. Efectivamente, hay una conciencia histórica, una solidaridad temporal. Y en propiedad hablaremos de la civilización cretense.

Pero cuando un grupo pasa a un estado superior adquiere una posición sobrehistórica. La solidaridad de la tradición, que une a generaciones, se suma a la solidaridad con otras razas, con otras artes, otras estructuras sociales, tal como le ocurre al ciudadano griego de la época de Tucídides, que se siente solidario no sólo con el griego de la época homérica, sino con las construcciones funerarias de Egipto o con la civilización persa. Entramos ya en el mundo de la cultura, que tiene un límite superior.

Pero, ¿el hombre actual es civilizado? ¿Es culto? Utilizamos estas dos palabras solamente en el sentido preciso dorsiano. Pues bien, si seguimos la línea de razonamiento de Ortega, tendremos que concluir negando estas dos cualidades en el hombre de nuestros días. Por ello, al hablar de los valores del hombre, intentaremos localizarlos en una época fuera del actual.

Razona Ortega del siguiente modo para llegar a hablar del primitivismo actual. Al hombre de hoy no le interesan los principios de la civilización, y no se refiere a una civilización determinada. A nuestro hombre no le interesa civilización alguna, desde el momento en que está mediatizado y absorbido por intereses opuestos, como pueden ser el automóvil o los anestésicos.

¿Y alguna cosa más? Hoy añadiríamos la desintegración del átomo, o más bien sus consecuencias útiles y las instancias productivas. En efecto, la vida ha sido montada en función de la producción, la técnica ha suplantado a la ética, o la ética se ha convertido en un bien útil, la economía. Quizás sean ilustrativas estas palabras de Ortega en su obra *La rebelión de las masas*.

Desde que han aparecido las nueve sciense, las ciencias físicas, es decir, desde el renacimiento, el entusiasmo hacia ellas ha aumentado sin colapsos a lo largo del tiempo. El primer caso de retroceso se ha producido en la generación que hoy va de los veinte a los treinta. En los laboratorios de ciencia pura resulta difícil atraer discípulos.

Y esto acontece cuando la industria alcanza mayor desarrollo y cuando las gentes muestran mayor apetito por los aparatos y medicinas creados por la ciencia. ¿Qué significa tal paradoja? ¿Que el hombre actual es un primitivo, un naturmensch que emerge en medio de un mundo civilizado? Lo civilizado es el mundo, pero su habitante no lo es. Ni siquiera ve en el mundo la civilización, sino que la utiliza como si fuese naturaleza.

El hombre masa actual es un primitivo que se ha deslizado por los bastidores hacia el escenario de la civilización. Todas estas nociones pueden servir al alumno como marco para comprender mejor lo que a continuación diremos y también para dar una visión más amplia al primer tema que se estudia en la agenda de introducción a la filología. Me refiero al tema titulado El lenguaje como objeto cultural.

Intentaremos ver qué relaciones existen entre los valores del hombre y la civilización o la cultura. Cuando entendemos la vida como algo verdaderamente humano, cuando intentamos ver la historia a la luz de un... no nos queda más remedio que determinar cuáles han sido los valores del hombre. Y tenemos necesidad de admitir que hay curvas ascendentes que señalan logros extraordinarios donde hay una plenitud de cultura y del espíritu.

Así el siglo IV a.C. en Atenas y así el siglo XV de Florencia. Tenemos que ver en ellos dos sitios históricos iluminados por los genios y vivificados por un hombre común, admirador y seguidor de grandes valores. Se puede hablar de un verdadero humanismo del que estamos hoy tan alejados que nos resulta hasta difícil su contemplación.

No podemos olvidar que vivimos épocas deshumanizadas, como ha denunciado Gabriel Marcel en su obra *L'homme contre l'humain* y también Alfred Lewis en *The Abolition of Man*. Pero intentemos entrar en los valores humanos de mayor calidad que la historia ha podido contemplar. Pasamos a desarrollar la antinomia hombre razón, hombre sentimiento.

Es propio de esas dos épocas a las que hemos hecho alusión hace unos momentos, es decir, la de la Grecia clásica y la del renacimiento italiano. Es propio, digo, el culto a la inteligencia y si en algún caso, y los hay, se da culto al hombre mito, es decir, al hombre misterio, es por oposición, por contraste con el hombre razón. La inteligencia es un valor excelente y como consecuencia es un valor, sobre todo otro valor, la verdad, la sabiduría a la que el hombre intenta apresar con esfuerzos continuos.

Una vez y otra se pregunta el discípulo socrático por la verdad, por la amistad, por la muerte, y siempre con el mayor rigor posible, razonando, demostrando, distinguiendo, porque cuando tiene más acceso al ser es cuando es más. Toda la dignidad del hombre está en el pensamiento, decía Pascal. De ahí la importancia de manejarlo bien, correctamente, haciendo las correcciones que sean necesarias para que se rectifiquen posibles desviaciones.

Así lo entendió Platón al rectificar por boca de Sócrates a Teetetes cuando Sócrates le pregunta qué es la ciencia. Teetetes le da una serie de explicaciones sobre qué es la geometría y otras artes, hasta las artes del zapatero o las de cualquier otro oficio. Reproducimos a continuación un fragmento del diálogo platónico Teetetes o de la ciencia, en el que ustedes pueden descubrir este culto a la inteligencia y por consiguiente la importancia de su recto uso.

Dice así Platón en un diálogo entre Sócrates y Teetetes. Empieza a hablar Sócrates. Dime pues, decidida y francamente, lo que piensas de la ciencia.

Me parece pues que lo que se puede aprender con Teodoro, como la geometría y las otras artes de que has hecho mención, son otras tantas ciencias. Y hasta todas las artes, sea la del zapatero o la de cualquier otro oficio, no son otra cosa que ciencias. Te pregunto una cosa, mi querido amigo, y tú me respondes liberalmente muchas.

Te pido un objeto simple y me das objetos muy diversos. ¿Cómo? ¿Qué quieres decir, Sócrates? Nada, quizá. Sin embargo, voy a explicarte lo que yo pienso.

Cuando nombras el arte del zapatero, ¿quieres decir otra cosa que el arte de hacer zapatos? No. ¿Y por el arte del carpintero, quieres decir otra cosa que la ciencia de hacer cosas de madera? No. Tú especificas, con relación a estas dos artes, el objeto a que se dirige cada una de estas ciencias.

Sí. Pero el objeto de mi pregunta, Teetetes, no es saber cuáles son los objetos de las ciencias, porque no nos proponemos contarlas, sino conocer lo que es la ciencia en sí misma. ¿No es cierto lo que digo? Por un lado nos encontramos con este procedimiento de diálogo que va dando pasos seguros, lentos, que implican esfuerzo, propio de la filosofía de aquella época de la cultura.

Por otro lado encontramos estos títulos de libros actuales. Aprender jugando, la ciencia por la imagen, el latín por la alegría, el inglés sin esfuerzo y sin memoria, etcétera. Como pueden ver, se trata de unos campos del saber en los que el éxito exige concentración, esfuerzo de la voluntad.

Pues bien, se intenta introducir la facilidad, la pasividad, la distracción y, claro, llegamos a saber todo sin haber aprendido nunca nada. Llegamos a opinar de todo sin dar pruebas o razones de casi nada. Y si se dan, son a menudo precipitadas, confusas, que apabullan más que convencen.

Nada tiene que ver esta estructura de nuestra civilización con el esfuerzo clásico por racionalizar todo, por ir tras la búsqueda de la esencia, usía, de los valores éticos. Relacionada con la cordura, con el orden, con el saber, en suma, está la virtud. La virtud suele definirse como el arte de la medida.

Pasamos a exponer unas breves consideraciones sobre qué significa para el humanismo renacentista este valor de la razón. Tomando como época histórica más representativa el cinquecento italiano, afirmamos con Arnold Hauser el predominio de la norma, del orden, tanto en la creación artística como en el uso de la razón. El orden, el canon, está por encima de la libertad personal.

Para el arte renacentista, por ejemplo, no es esencial lo concreto e inmediato, lo contingente y momentáneo, lo particular e individual. Describe el ser, no el devenir. Erasmo, que es un humanista al modo de Petrarca, tiene obsesión, como su maestro, por aferrarse a las notas universales, a la visión de futuro.

Por eso está siempre dispuesto a corregir sus estudios, sus ensayos, ampliar sus

conocimientos, a modificar sus conclusiones. Busca la autenticidad en todo, y así afirma, si otro me supera en este punto y corrige lo que yo he escrito, le estaré agradecido, lejos de considerar que me ha hecho daño. La obra cumbre de Erasmo, Elogio de la locura, es una arqueología del saber que tendrá validez siempre.

A propósito de esta plenitud renacentista, Foucault ofrece la antítesis con la crítica a la situación del siglo XVIII. Dice así Foucault. No hay lenguaje común, o mejor dicho, ya no hay nada.

La constitución de la locura como enfermedad continental, al final del siglo XVIII, certifica un diálogo roto y lanza en el olvido todas esas palabras imperfectas, sin sintaxis fija, algo barbucientes, en las cuales se hacía el intercambio entre la locura y la razón. Hasta ahora hemos estado considerando la razón, el modo de valorarla y de utilizarla en épocas de preponderancia cultural, en contraste con otras de regresión hacia la civilización, en el mejor de los casos, o hacia la quiebra de esta civilización. La quiebra producida por el hecho de que al hombre masa no le interesan los valores fundamentales de la cultura, no se hace solidario con ello.

Pasamos a reflexionar ahora sobre otro valor tradicional, lo que los griegos llamaban Arete, que es cumplir bien lo que es propio. Saber y ser son los dos problemas fundamentales del hombre, y en este ser se incluye el hacer. Pues bien, la Arete es hacer bien lo que hay que hacer, lo que se debe hacer, y esto es precisamente la existencia.

Como saben ustedes por filosofía, el *actus estendi*, el ser en acto. Cuando no hay orientación para este hacerse, según la terminología de Ortega, aparece la tan nombrada y poco conocida angustia existencial. Sobre ella hace Víctor Frank estas consideraciones.

La voluntad de sentido del hombre puede frustrarse, en cuyo caso la logoterapia habla de la frustración existencial. Les aclaro a ustedes que logoterapia es un procedimiento utilizado por Frank como terapia de su escuela. Sigue diciendo este creador de la tercera escuela de psiquiatría de Viena.

La búsqueda humana del sentido de la vida puede nacer de una tensión interna y no de un equilibrio interno. La salud se basa en cierto grado de tensión, la tensión existente entre lo que ya se ha logrado y lo que todavía no se ha conseguido, o el vacío entre lo que se es y lo que se debería ser. Lo que el hombre necesita, sobre todo, no es vivir sin tensiones, sino esforzarse y luchar por una meta que le merezca la pena.

Hasta aquí Frank. Pues bien, el hombre griego sabía qué era lo que estaba bien, lo que tenía que conseguir a pesar de todos los esfuerzos. Es un querer plenario, una puesta en acción de la voluntad al servicio de un determinado bien que llega a convertirse en ideal.

Después de Homero, en los poemas tirteicos, es la arete la cualidad excelente del hombre, el ideal por el que lucha. Llega incluso a asemejarse a la virtud. Vamos a leer para ustedes un fragmento del poeta jónico Simónides en el que se alude a la arete.

Es fama que la virtud, arete, habita en inaccesibles rocas y que no por los párpados de todos los mortales es visible si a uno no le sale de dentro el sudor que muerde el ánimo y llega a la cima del valor. La arete es lo que da sentido a la vida y no deja de ser curioso que el psiquiatra mencionado antes, Víctor Frank, haya publicado un libro que lleva por título El hombre en busca de sentido. En él afirma que toda situación vital representa un reto para el hombre y le plantea un problema que sólo él puede resolver y en esta resolución hay que recurrir bastantes veces a fuertes y valientes decisiones.

Así Ortega en Unas lecciones de metafísica asegura. Momento tras momento habrán tenido ustedes que nutrir nuevamente esa resolución para mantenerla viva. Nuestras decisiones, aún las más firmes, tienen que recibir constantemente corroboración.

Tienen que ser siempre cargadas de nuevo, como una escopeta donde la pólvora se inutiliza. Tienen que ser, en suma, re-decididas. Esta corroboración de Ortega llega, en el caso del griego clásico, al riesgo de la vida.

Sólo el varón valeroso es fiel a ese ideal. La influencia de estos valores fue muy fuerte en Esparta y fuera de Esparta y fuera de Grecia. Tanto que valores como la vida se truecan por no valores como es el de la muerte.

El ordenamiento natural y racional de las cosas, el cumplir bien lo que es propio, es la salud de la comunidad y la gloria del individuo. Lo que ha variado a lo largo del tiempo en los héroes griegos es la identidad del bien. ¿Qué es el bien? Pero cualquiera que sea la contestación a esta pregunta, se hace necesario emplear siempre la valentía que estará sometida a la prudencia.

La prudencia, la justicia y la templanza son los cuatro valores propalados por el platonismo. Con las consiguientes transformaciones, estas virtudes vuelven a imperar en el Renacimiento Pleno. Se trata de una sociedad orientada sobre las ideas de autoridad y disciplina, de ahí la normatividad.

Hay un formalismo en los conceptos morales y de decoro que van encaminados hacia la continuidad, hacia la búsqueda de lo permanente. Hay que poner a la vida bajo el canon formal y así se evitará el zarandeo de los sentimientos. Para esta sociedad prima el dominio de sí mismo, la represión de los afectos.

Por encima queda la voluntad, la medida que los griegos conocían como sofrosine. Leemos unas afirmaciones de Arnold Hauser sobre este mismo aspecto, pero referido al arte. Dice así.

Tal sociedad habrá querido prestar a la obra de arte el carácter de normatividad y necesidad. Habrá expresado con ella una sublime necesidad y procurado demostrar, mediante el arte, que existen criterios y normas de validez general, inmovibles e intangibles, que en el mundo domina un sentido absoluto e invariable y que este sentido se halla en posesión del hombre, si bien no de un hombre cualquiera. El hombre del renacimiento se acomoda al estoicismo, sobre todo en España.

Siempre ha estado latente en la entraña hispánica la postura estoica. El estoicismo griego renace ahora en que la exaltación de la moral del hombre, de la norma, de las leyes naturales, son constantes de la época. Lo mismo que su aceptación varonil y heroica del sufrimiento o de la muerte.

Puede ser un ejemplo elocuente la figura de Garcilaso, cabal fusión del hombre de armas y de letras. Su vida breve, llena de heroísmo, está, como su obra, llena de melancolía. Una melancolía que se explica por el conflicto entre el ideal soñado, el ideal por el que todo debe sacrificarse hasta la vida propia y las impurezas y sin razón de su vida.

Pero su dolor tiene las mismas características, los mismos valores que estamos contemplando. Quiere objetividad, equilibrio. Su expresión es sobria e inmóvil ante el dolor, ante todo esfuerzo que suponga una conquista propuesta por la voluntad.

Leemos como ejemplo ilustrativo un soneto, el cuarto, de Garcilaso, soldado y poeta del primer renacimiento español. Un rato se levanta mi esperanza, tan cansada de haberse levantado, torna a caer, que deja mal mi grado libre el lugar. ¿Quién sufrirá tan áspera mudanza del bien al mal? Oh corazón cansado, esfuerza en la miseria de tu estado, que tras fortuna suele haber bonanza.

Yo mismo emprenderé a fuerza de brazos romper un monte, que otro no rompiera, de mil inconvenientes muy espeso. Muerte, prisión, no pueden, ni embarazos, quitarme de iraveros como quiera, desnudo espíritu, hombre en carne y hueso. Muy lejos quedan todos estos valores del desencanto actual.

Inútil sería el rastreo de virtud alguna en el antihéroe de la novela, de las cintas cinematográficas y hasta de los telefilmes a los que nos tienen acostumbrados los seriales televisivos. También en el cómic, la figura del antihéroe se está haciendo familiar. El hombre moderno ha perdido la unidad y la armonía psíquicas por efecto de la desinteriorización.

La causa es la pérdida de la independencia de lo que le es propio a un determinado hombre, gracias a un proceso de masificación colectiva. Dice Lerch, el conocido teórico de la psicología. Este peligro lo vio y diagnosticó Nietzsche en las dos primeras de sus consideraciones inoportunas.

El fondo sobre el que Nietzsche teje su monumental consideración histórica, la lucha de todo lo humanamente grande y único contra lo eternamente mediocre, adocenado y bajo, se explica por la experiencia viva que le proporcionó su época, en la que comenzó el hombre medio a intervenir en el curso de la historia. Y este peligro es tanto mayor cuanto que el hombre medio no se percató de la pérdida de valores humanos que trae consigo la racionalización. Después llegan el empobrecimiento y la regeneración interior.

La técnica como medio de la organización y del aparato es la que ha hecho posible al hombre masa, del que afirma Ortega y Gasset. El hombre que ahora intenta ponerse al frente de la

existencia europea fue producido y preparado en el siglo XIX. Pasamos a explicar el valor que podíamos entender como compendiador de todos los que hasta ahora hemos ido enumerando.

Me refiero a la sabiduría. El héroe y el sabio son las formas ejemplares de la vida griega. El ideal de sabio es creación de la filosofía y está en oposición al ideal heroico más arcaico.

Pero también existe el sabio héroe, creado por Sócrates. Para el griego, el artista y su actividad creadora queda incluido en el valor de sabio. Dice así Genófanes, el poeta y filósofo.

Si alcanzara uno la victoria por la rapidez de sus pies, o la dolorosa lucha de los puños sosteniendo, o el juego terrible que llaman pancracio, sería ilustre de ver entre sus ciudadanos y conseguiría el asiento de honor en los certámenes, no siendo tan digno como yo. Porque más excelente que la fuerza de los hombres y los caballos es mi sabiduría. Estos versos recogen un ideal de vida.

Frente al ideal de vida del guerrero, frente a la andreía o valentía, frente al deseo de honores como consecuencia de la victoria en la guerra o en el deporte, está la sabiduría. Esta es la sofía o sofía. El valor sin conocimiento sería una osadía ignorante.

Sócrates había identificado la virtud con el ver, con la esfera de una determinada acción, con el arte. Aristóteles afirma que Sócrates hace proceder la buena acción del conocimiento del bien. Así, la racionalidad del conocer determinaría la acción.

Toda acción buena, toda virtud, todo arte, estarían explicados por la sofía, por la sabiduría, origen y estímulo de todo valor en el hombre. Estas han sido las explicaciones sobre los valores en el hombre que Gloria Toranzo ha redactado para Introducción a las Humanidades. Curso de Acceso.

Noticias. Comunísimos días 7 al 12 de febrero, a dos horas y media del programa de radio de la UNED, emitirán una programación especial dirigida a los alumnos de acceso. El lunes 7 se emitirá un debate general sobre el curso de acceso y un coloquio del Departamento de Historia Contemporánea sobre España en la Política Internacional de 1900 a 1930, que será dirigido por Javier Tuchel.

El martes 8 se emitirán un programa especial dedicado a Julio Cortázar y un debate en directo con el equipo de lenguaje. El miércoles 9, espacios de matemáticas básicas y especiales y un debate en directo con profesores del equipo de matemáticas. El jueves 10, en Geografía e Historia, el espacio Aproximación a la Historia del Siglo XIX y un debate en directo con el equipo de Geografía e Historia.

El viernes 11, coloquios de los equipos de Económicas y Empresariales y Fisiconaturales y un programa especial dedicado a Ortega y Gasset. Y el sábado 12, espacios de lengua inglesa y programas especiales de los equipos de lengua inglesa y lengua francesa. Recordamos que los debates en directo serán los días 8, 9 y 10 a partir de las 9 de la noche y podrán participar en

ellos todos los alumnos llamando al número 711 94 94.

Repetimos 711 94 94 con el prefijo 91 de Madrid. Aquí terminan por hoy las emisiones educativas de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.